

TRIBUNA ABIERTA



IGOR BARRENETXEA MARAÑÓN *

Un recuerdo de cine de la Guerra Civil (II)

Si la Guerra civil es un tema tratado por el cine con interés y hay películas que merecen la pena destacarse por su capacidad de sugerir y de ofrecernos un serio y veraz criterio

aleccionador sobre el pasado, la memoria de quienes la perdieron no ha sido apenas dibujada. En el cine actual, el único caso es el filme *Para que no me olvidéis* (2005) de Patricia Ferreira. ¿Qué supuso la derrota para aquellos que tuvieron que llorar a sus muertos en silencio, a padres, hermanos y amigos? ¿Qué supone para la condición humana la pérdida de una persona en su vida? ¿Cómo encauzamos las tragedias en la memoria? No hay duda de que el elocuente título del filme de Ferreira implica una evidencia clara: no podemos olvidar, de hecho no olvidamos, el olvido significa perder una parte de nosotros mismos. Hace unos años el historiador francés, y padre de las relaciones de historia y cine, Marc Ferro escribía con mucha lucidez: "Los cineastas, consciente o inconscientemente, están al servicio de una causa". Ferreira toma partido por la causa republicana, no lo vamos a negar. Así es como se teje buena parte de la historia del cine, sin embargo, eso no le resta valor sino que lo añade, ya que responde a un interés que tiene el creador con la sociedad de la que forma parte. Y de eso se trata en este filme, una apelación a la conciencia, no tanto como una manera de reinventar el pasado sino de justificar la importancia que tiene en sí la historia vivida; la directora se pone al servicio de una causa, porque el cine también participa del saber histórico.

El filme incorpora a su relato algo esencial: recuperar la dignidad de aquellas familias republicanas represaliadas tras la contienda y que no pudieron llorar a sus muertos. Obviamente, el filme toma partido. Hay filmes que se refieren a la Guerra civil como una tragedia colectiva que acabó con la inocencia y lastrando a los españoles en una dualidad harto peligrosa llena de rencores, rencillas y amarguras que acabaron en cientos de víctimas. Sin embargo, tras la contienda, la lectura que se hizo por parte de los vencedores de la misma fue elocuente; aquellos que defendieron la causa republicana fueron til-

dados de traidores a la patria y, sin duda alguna, tratados como si no fuesen españoles. Eso se vislumbra en el epílogo del filme *La hora de los valientes* de Mercero cuando en la escena final un guía del museo de El Prado explica que el cuadro de Goya, sobre el que gira la trama, fue salvado de las garras de unos rojos que querían mancillar el Patrimonio Nacional vendiéndolo cuando, la verdad es que un anarquista, Manuel,

logra rescatarlo. Tampoco tiene un final feliz *El viaje de Carol* ya que la protagonista regresa a Estados Unidos con el recuerdo de su amigo Tomiche, muerto incidentalmente, pero sin que haya un perdón entre las partes enfrentadas. Del mismo modo que no existe perdón no existe reconocimiento del vencido al que se le describe de forma despectiva. Así, en *Para que no me olvidéis*, el personaje del abuelo, Mateo, encarna a los hijos de la guerra, quienes vieron cómo sus padres murieron por defender la República. Pero la llegada de la demo-

"En 'Para que no me olvidéis' hay una reivindicación importante que los gobiernos de la democracia no se atrevieron a confrontar, la de recuperar los nombres de los que fueron represaliados por el franquismo"

cracia, como afirmará el personaje, no trajo consigo la reconciliación sino el simple olvido, se arrinconó moralmente a las víctimas. El filme tampoco trata de caer en falsos reproches ya que en el fondo lo que intenta es hablar de la importancia que tiene el pasado y de la necesidad que tenemos de recordar y que ese recuerdo sea lo más digno posible. Sea por el nieto que morirá en trágicas circunstancias, sea por el padre o la madre fallecidos en la guerra.

Como señala el historiador Julio Arostegui "las manifestaciones públicas de las memorias son heterogéneas" y este filme realizado en 2004 se puede considerar pionero en el tratamiento de la memoria de la Guerra Civil. El acto de memoria es de homenaje público no de instigación a la revancha. En su planteamiento argumental se vislumbra esta evidencia. La historia gira y pasamos a contemplar cómo, tras la

muerte de David, Mateo escribirá un relato sobre la vida de su nieto para su novia Clara que no sabe cómo asumir su pérdida. En este sentido, el filme cobra una dimensión no nueva pero sí clarificadora, que no sólo pretende aludir a la guerra y a su memoria, sino a la necesidad que tenemos cada uno de nosotros de entender el ayer como la única forma válida en la que nos podemos definir como personas. No hay un presente sin pasado.

En *Para que no me olvidéis* hay una reivindicación importante que los gobiernos de la democracia no se atrevieron a confrontar, la de recuperar los nombres de los que fueron represaliados por el franquismo. De una manera triste se ha venido aduciendo que en la Transición se había pactado la reconciliación de la España de la guerra. Sin embargo, debemos de considerar que ese periodo fue un pacto en el que se permitía la transición de un gobierno corporativo a uno democrático, nada más, la guerra se había dejado a un lado. Porque en la guerra había encontrado la dictadura su propia legitimidad, por lo que muy tardíamente se empezó a contabilizar el peaje humano que habíamos tenido que pagar los españoles. Su alcance no se limitó a las bajas propias de un enfrentamiento bélico entre las partes enfrentadas sino a una venganza posterior tras el fin de las hostilidades. El hecho

de que no hubiese ni un solo monumento a los caídos en el bando republicano justificaba ya de por sí reclamar el valor de la memoria y, ante todo, recuperar el del recuerdo de todos aquellos desaparecidos o silenciados por haber sido fieles a la República.

El cine revelaba que no habíamos sido justos con aquellos que sufrieron las iras del vencedor y que sería, así mismo, injusto cerrar esa página sin hacerles un postrero homenaje. No confundamos, en todo caso, justicia con venganza parafraseando a Simón Wiesenthal, ni Historia con Memoria, ni Dignidad con Conciliación. No se trata de cambiar el pasado sino de respetarlo y que nos sirva de cauce en el que las nuevas generaciones escuchen las voces de quienes sacrificaron sus vidas por la libertad.

"El cine revelaba que no habíamos sido justos con aquellos que sufrieron las iras del vencedor y que sería, así mismo, injusto cerrar esa página sin hacerles un postrero homenaje"

de que no hubiese ni un solo monumento a los caídos en el bando republicano justificaba ya de por sí reclamar el valor de la memoria y, ante todo, recuperar el del recuerdo de todos aquellos desaparecidos o silenciados por haber sido fieles a la República.